

# GEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

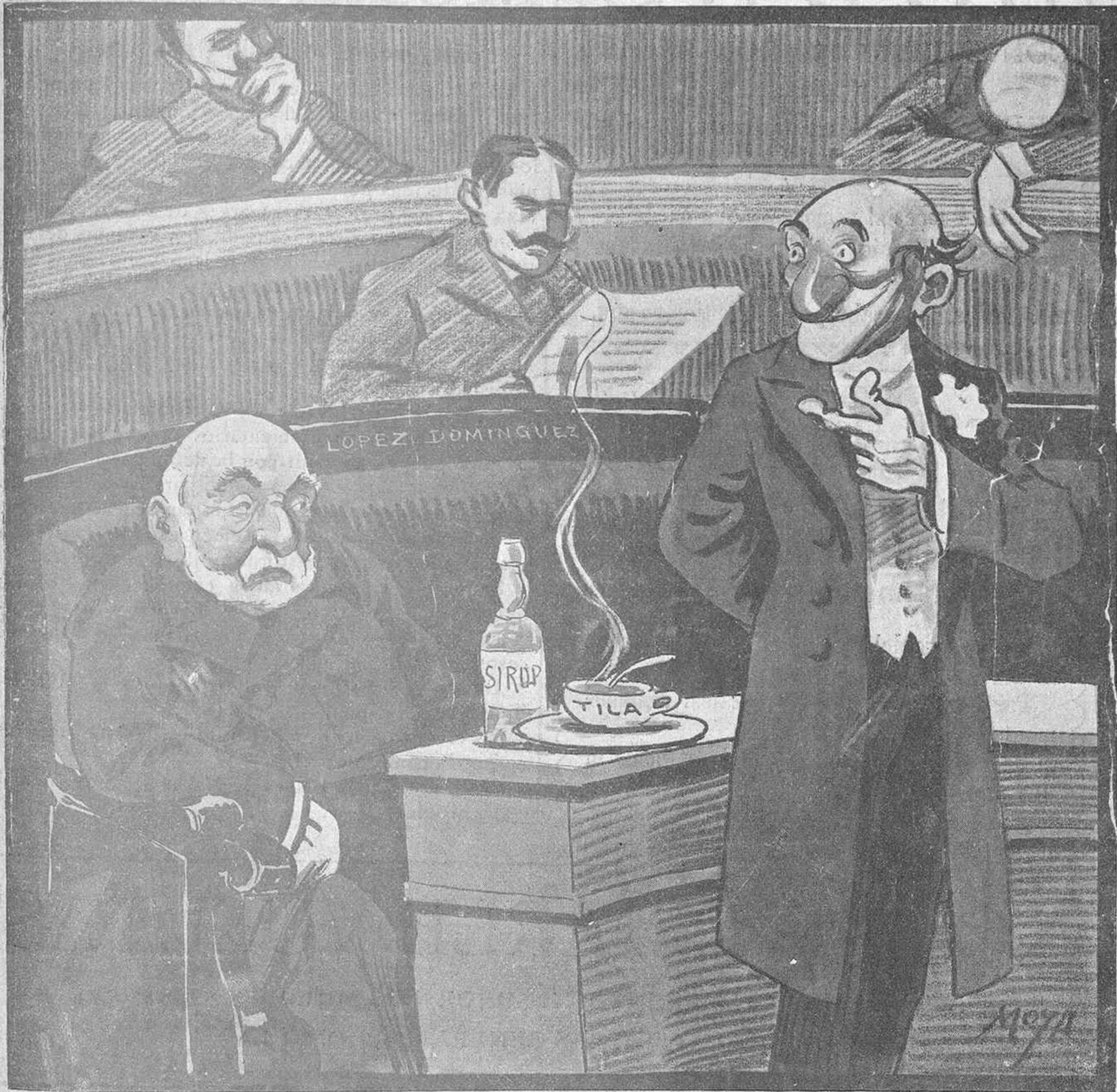
NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 66

AÑO XII

MADRID. DOMINGO 11 DE NOVIEMBRE DE 1906

NUM. 572



## ENTRADA DE PIE DE BANCO

EL GENERAL.—NO LE EXTRAÑE A USTED, GEDEON, QUE ME HAYA COLOCADO EN ESTE SITIO... ¡ES PARA EVITAR LAS CORRIENTES!

GEDEÓN.—SI, SI... TODOS ESTAMOS LO MISMO, GRACIAS A SU MINISTRO DE HACIENDA... ¡A LOS PÍES DEL BANCO...!



# ANUNCIOS INCOBRABLES



ELEGANTÍSIMOS Y CAPRICHOSOS  
MODELOS PARA REGALAR AL GOBIERNO  
DULCES DE

## BODAS

CON YEMAS DE DON SEGIS

PEPE LOPEZ (sobrino de su tío)

SERRANO, 47

Servicio especial y modesto que puede colocarse en cualquier sitio del banco azul, que actualmente no tiene ni pies ni cabeza.

Comidas, no se sabe por cuánto tiempo aún.

## IDEAL RUM-RUM

Comidillas ministeriales

Bocadillos de la oposición

Emparedados proyectos

Reapertura del general con música parlamentaria.

Pastelería. Fiambres liberales. Helados monteristas.

Hay gabinetes tan particulares como el que preside D. José.

EL MEDICAMENTO MAS EFICAZ QUE  
EXISTE, ESPECIALMENTE  
PARA EL GOBIERNO,  
ES LA

## MORETEINA

Fácilmente benévola y asimilable

La MORETEINA es un gran tónico y un poderoso reconstituyente del organismo ministerial; un admirable nutritivo para la situación; cura también los más rebeldes catarros del Presidente, neurastenias producidas por el abuso de los monopolios, tristeza de crisis prematuras, mareos de Maura, anemia monterista, histerismo causado por vacantes del supremo generalato, debilidad de la mayoría, etc., etc.

Con el uso prudente de la MORETEINA, que no sabe ni huele á nada, el apetito, la tranquilidad y la confianza se desarrollan y prosperan, vuelven otra vez los colores liberales y hasta hay quien se siente ministro inamovible.

La MORETEINA era y es absolutamente necesaria en estos días parlamentarios en que la caída de la hoja puede coincidir con la de un presidente del Consejo; es muy recomendable para la cohesión de diputados ministeriales que necesitan de esta panacea, y, en general, á cuantos ven amenazada su existencia y su nómina por un trastorno político cualquiera.

Su acción es segura en la convalecencia, en las fiebres del banco azul, en las diarreas y otras complicaciones liberales y, en una palabra, en todos los casos de debilidad del Gobierno.

Bastan dos discursos embotellados de la MORETEINA para que hagan efecto.

Es el medicamento más barato que existe mientras se pueda contar con él.

Depósito: Doña Blanca de Navarra, hotel, sin ninguna hipoteca.

## ¡NO SIRVE DARLE VUELTAS!

NADIE REALIZA MÁS PRONTO, NI MEJOR, LOS MUEBLES Y ENSERES  
DE DOS CAPITANIAS GENERALES, COMO LA

## ALMONEDA LUQUE

NO SE ADMITEN PRENDEROS NI CORREDORES

MINISTERIO DE LA GUERRA

¡NO HAY ASCENSOR!

# JUEVES DE QEDEÓN



## DE BUENA SOCIEDAD

Calínez, ponte el frac y los zapatos de charol.

—¿Qué dices? ¿El frac y los zapatos de charol? ¿Vamos á visitar á Weyler?

—Tú póntelos, sin meterte en más averiguaciones.

—Es que si vamos á hablar de política, como de costumbre, no me los pongo. La política es la cosa más ordinaria que tenemos en España, país abundante en ordinariencias de todo género, y no me pongo yo de etiqueta para ocuparme de D. Bernabé, de García Alix ó de Vázquez Mella. ¡Ea, que no!

—Vaya, todo hay que decírtelo. Hoy vamos á hablar finamente, Calínez, de nuestra buena sociedad.

—¿Nuestra buena sociedad...? ¿Dónde está eso?

—Miren qué pregunta; ¿dónde ha de estar? En los salones, en los teatros, en la pluma de Monte Cristo, en todas partes.

—¡Ah! ¿Eso es la buena sociedad? ¡Caramba, Gedeón, lo que dura la buena sociedad! Casi todas las personas que la componen, siempre las mismas, andan ya de la mano de Abarzuza. Por la buena sociedad no pasan años. Coges un periódico de hace treinta, y en su crónica de salones tropiezas con los mismos nombres y los mismos títulos de las marquesas, condesas y duquesas que hoy nos encantan. Serán éstas las hijas de aquéllas, piensas tú, ó quién sabe si las nietas. No, señor, son las mismas que ya hace treinta años habían bailado otros treinta. De modo que si te parece, me pondré un frac muy viejo que tengo y unos zapatos de charol algo averiados por las suelas, pero que á D. Valeriano se le antojarían de capitán general con mando. Puesto que vamos á ese delicioso mundo de nuestras antigüedades, me vestiré de megaterio de etiqueta.

—Eres muy malicioso, Calínez, y además respetas poco á las damas de nuestra buena sociedad.

—¿Respetarlas? Ya lo creo que las respeto mucho más que á las otras de nuestra mediana y nuestra mala sociedad. También respeto á los generales de brigada y á los magistrados del Supremo.

—Bueno, bueno, vístete como quieras y vámonos á ese mundo divertidísimo, lleno de emociones y de goces para los sentidos y para el espíritu.

—¡Oh, qué ideal! ¿No tienes por ahí ningún capa-

razón de tus antepasados? Me vendría que ni de molde.

—La insoportable monotonía de la vida burguesa se trueca en una encantadora variedad de placeres apenas pisamos el umbral de los palacios aristocráticos.

—¿Priva, por ventura, también en ellos el género de *varietés*?

—Verás tú, Calínez. La vida distinguida de Madrid comienza siempre el día de San Carlos Borromeo.

—Pues hasta ahora no veo la variedad. ¡Si siquiera comenzara algún año el día de San Carlos Borrotuyo!

—No, señor; ha de ser precisamente el día de San Carlos Borromeo, en el cual celebra su fiesta onomástica, como dicen sin saber lo que dicen todos los revisteros de salones, el simpático barón del Castillo de Chirel, á quien llamaban Carlos Frígola hace cincuenta años las mismas encantadoras bocas postizas que hoy le saludan por su título. Hasta que el barón del Castillo de Chirel está de días, la buena sociedad como si no existiese.

—Perfectamente. San Carlos Borromeo, santo del barón del Castillo de Chirel. Abrese la buena sociedad. No se puede comer carne. Continúa tu crónica, querido Gedeón, de la encantadora y variadisima vida aristocrática.

—Al hotel del barón acuden siempre las mismas distinguidísimas personas y el Sr. Dato. Escucha el desfile: la marquesa de Tal y el Sr. Dato; la condesa de Cual y el ex ministro D. Eduardo Dato; la vizcondesa de Tal Otra y el ilustre hombre público conservador Sr. Dato.

—Para que veas tú lo que es acostumbrarse á revolver capellanías y censos enfiteúticos. Después no vive uno más que para los documentos apolillados y las fundaciones del tiempo de la marquesa de la Nanita. Sigue, sigue, Gedeón; me siento D. Buenaventura.

—En el elegante hotel del señor de los días se habla, naturalmente, de las fiestas y de las reuniones que proyecta para este invierno la buena sociedad, y con gran sorpresa de todos, anúnciase que este año, como el anterior, y como el pasado, y como el otro, la marquesa de Squilache dará de comer á sus amigos los mismos días de costumbre, y celebrará sus tresillos las mismas noches de siempre. Esta novedad produce murmullos de satisfacción y se pasa revista á las personas que han de concurrir á las comidas y los tresillos. Escucha el desfile, Calínez. Comidas: la marquesa de Tal y el Sr. Dato; la condesa de Cual y el ex ministro D. Eduardo Dato; la vizcondesa de Tal Otra y el ilustre hombre público conservador Sr. Dato...

—Pero hombre, ¿por qué no se lleva el cocinero de la marquesa de Squilache á su casa, y no tenía que molestarse?

—Déjame que pasemos á los tresillos, Calínez. Jugarán: la marquesa de Tal y el Sr...

—¡Dato! ¿Pero cuándo hace los pleitos?

—La condesa de Cual y el Sr...

—Basta, basta, Gedeón; tanta variedad me vuelve loco. Es encantadora esa vida. ¡Dios mío, Dios mío, quién fuese revistero de salones con caparazón de ex ministro conservador!

—Y que tú no puedes apreciar todavía la emoción dulcísima que se experimenta viendo siempre á las mismas personas vestidas siempre con los mismos trajes. Verás tú, Calínez, la marquesa de Tal tiene uno verde, muy anterior á la Gloriosa, que es un primor. Todos los años va la marquesa á París con objeto de encargarse ropa de *soirée* en las casas de los mejores modistos, y vuelve indefectiblemente con el traje verde. ¡Lo que ha pasado, sin desteñirse siquiera, por las Aduanas! Unos años le aconseja Doucet que le baje el talle; otros que le suba el escote—y en esto hace muy bien;—otros que le mude el forro, y la marquesa de Tal viene equipadísima de París con su traje verde lleno de colaboraciones. Así es que cuando divisas en un aristocrático salón su nota verde, por poco Chaves que seas, se te cae la baba de gusto. ¡Qué novedad! ¡Qué elegancia! ¡Qué tela á prueba de bombas!

—Te digo que sí; te digo que sí, Gedeón. Me has convencido por completo. Ese es el mundo que Dato y yo necesitamos. Desde hoy no vuelvo á hablar á nadie que no tenga ocho cuarteles de nobleza ó un abuelo negrero, que es lo mismo. ¡Al diantre la vida burguesa, monótona, cansada y que empieza cuando quiere, no el día de San Carlos Borromeo! Decido ser aristócrata. Ahora mismo me voy á lavar unos guantes blancos con bencina, como hace con los suyos la marquesa de no sé cuántos.

—Póntelos para ir en automóvil, y no se nota.

—Así lo haré. El gran mundo me atrae.

—Pues todavía no te he dicho la gran variedad de diversiones que este invierno...

—¡Si no quiero que me digas nada; si no quiero que me abras más el apetito!

—Los miércoles por la noche, ya se sabe: al Oriental. Digo, no: ¡al Español! Verás en los palcos á la marquesa de Tal y al Sr...

—¡Que no; que no, Gedeón!

—En las funciones del Real correspondientes al turno segundo, verás en los palcos á la marquesa de...

—Te lo suplico, no continúes.

—Con los mismos trajes que en el Español y en casa de la Squilache...

—Si no pretendes, Gedeón, que riñamos para siempre, cesa de mostrarme esa vida tan atractiva, tan variada, tan juvenil, tan rica de novedades. ¡No me aflijas como á Tántalo!

—Y entonces ¿de qué quieres que hablemos, di? ¿Del debate político que sostienen en el Congreso?

—¿Pero eso no pertenece también á la buena sociedad?

—¡Qué cosas dices, Calínez!

—¡Como es el mismo de siempre, con las mismas personas de siempre, con los mismos trajes de siempre y con las mismas insustancialidades de siempre, yo creí que formaba parte de la vida elegante madrileña!

—¡Hubiera empezado el día de San Carlos Borromeo, Calínez!

—Caramba, tienes razón. Nada, el próximo deba-

te político, el del año siete, comenzará el día de San Carlos Borromeo, yo te lo aseguro.

—Y en las tribunas verás á la marquesa de...

—Voy á comprar la bencina.

—No te la bebas, que saldrás disparado como un auto.

—¡Qué me la he de beber! ¡Qué he de consentir en envenenarme esperándome como me espera ese mundo de delicias variadas, de punzantes emociones, de placeres diversos, que constituye la vida de la buena sociedad madrileña!

—No, es que á tus funerales, sobre todo si pensaban divertirse, asistirían la marquesa de Tal y el Sr...

—¡Basta, Gedeón, que sólo por eso estoy sintiendo ya muchas ganas de morirme! Y no quiero morirme mientras esté en el calendario San Carlos Borromeo.



## Cancionero gedeónico

Los debates políticos pasados eran por nuestros padres admirados; pues en sus tiempos—en verdad mejores que los nuestros—tenían oradores, fe, voluntad, valor... y otras amables virtudes, para el caso indispensables... Cosas todas que echamos en olvido los pocos que las hemos conocido. Por tanta farsa y por *camelo* tanto, ya gozamos de un suave desencanto que á volver nos obliga la cabeza cuando el debate colosal empieza... ¡Ese embuchado eterno que nos larga el Gobierno...! ¡No hay ningún ciudadano á quien «epate» la consabida voz «¡llegó el debate!»; pues para estas lograr «epataciones», es preciso tener muchas razones... El debate presente sólo pudo «epatar» al presidente; pues estaba molesto y resfriado y al punto se ha sentido mejorado... La cosa no me espanta... ¡que un debate es, á veces, una manta! Y á nuestro dulce y bondadoso amigo le precisaba entonces un abrigo. ¡Que le haga buen provecho, y ablande sus proyectos y su pecho! ¡Que se acabe la tos que le encendía y termine también su asma-yoría...! ¡Menudo sudorífico va á ser este debate archi-magnífico!



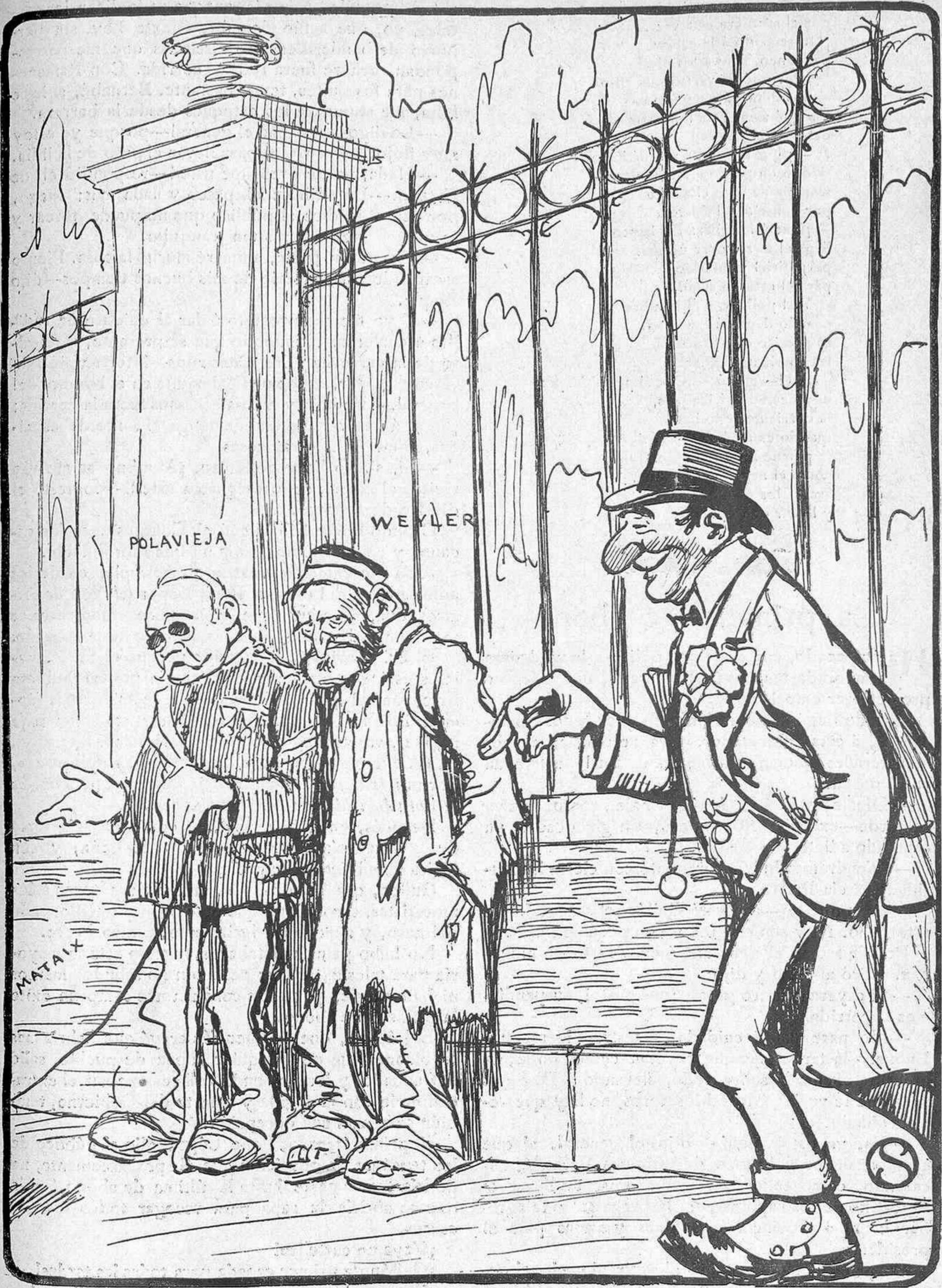
Fué el general al Congreso ya empezada la sesión, y con asombro de todos en su banco se sentó.

No es que nadie se asombrara viéndole al banco llegar...

¡Ya nos asombró, á su tiempo, la suerte del general!

Que aunque ya está bien distante su florida juventud...

¿No es un juvenil ensueño que llegue hasta el banco azul?



## LOS POBRES TENIENTES GENERALES

GEDFÓN.—TOME USTED, D. VALERIANO... TENGA USTED, D. CAMILO... ¡CUANTO SIENTO NO PODERLES DECIR: ADIOS, PRINCIPES... DE LA MILICIA!

La causa de nuestro asombro  
 por el sitio era esta vez...  
 ¡No se sento á la cabeza  
 del banco, sino á los pies!  
 ¿Por qué ha variado de sitio  
 —nos dimos á preguntar—  
 y á qué viene esta modestia  
 del ilustre general?  
 —¡Qué modestia ni qué historias!  
 —dijo un punto á media voz.—  
 Cambia de sitio el amigo  
 por consejo del doctor.  
 ¡Que á la cabeza del banco  
 llega el aire, corre un gris  
 perjudicial y molesto  
 para el catarro senil!  
 Y el político y el hombre  
 cuando llegan á esa edad,  
 es preciso que procuren  
 las corrientes evitar.  
 ¡Ay!—pensé.—¡Que al pobre López  
 hoy de todos á los pies,  
 la corriente se lo lleva  
 que no es fácil detener...!  
 ¡Tiene frío! Y el Gobierno,  
 como el negro del sermón,  
 sacará los pies helados  
 y la tete con calor...



## La primera de abono

Ha empezado, con el debate político, la verdadera temporada taurino-parlamentaria, que este año promete ser emocionante.

Cuando llegó la alegre jardinera, con todos los ministros, á casa del matador, para recogerle, muchos ministeriales, abonados á meseta de toril, esperaban en el portal.

—Dígale usted á D. José que baje pronto, que ya es tarde—exclamó Romanones, dirigiéndose á un diputado adicto.

—¿Tendremos hule?—preguntó con cierta inseguridad García Prieto.

—Creo que no—contestó Gullón, el sobresaliente astorgano. Hoy son claritos y con pocos pitones.

Por fin asomó el general á medio vestir en el balcón. Miró al cielo y dijo:

—Si cayeran cuatro gotas, ¡qué gusto!, suspendíamos la corrida.

—No pase usted cuidado, maestro—le aseguró Luque;—la tarde, aunque cayeran cuatro gotas, se presenta buena. Y sobre todo, llevando á D. Segis para que le vuelva á usted los toros, no hay que tener cuidado.

—Ea, ya estoy aquí—dijo el general, al que acompañaba su fiel mozo de estoques Bernabé, encargado, como todos sus compañeros, de llevar el esportillo de los capotes para la brega y de telegrafiar luego á provincias ovaciones y orejas para el presidente.

Lo primero que preguntó al subir al coche el general, es si le habían puesto burladeros en el banco azul, en atención á lo resentido que estaba con muchos elementos de la mayoría.

—Sí, hombre, sí—le dijo Gullón.—Y además de los burladeros, preside la corrida Canalejas. Está

usted tranquilo. Además, aunque nada dicen los carteles, yo, que actúo de sobresaliente hoy, sin perjuicio de banderillar los discursos que me correspondan, echaré fuera toda corrida. Con Ramonones para los quites, tengo bastante. Bernabé, si hace falta, me ahondará los estoques desde la barrera.

—Lo digo—exclamó el general—porque yo estoy muy flojo; sobre todo, para llevar el peso de la lidia.

—Nada; no se preocupe usted—respondió el de Estado.—Usted hace el paseo y nada más; luego, por señas le dice al público que no puede torear y se me abre barreras tan tranquilo.

—Yo, por mi parte, animaré mucho la cosa. Pienso sacar todo el repertorio de mis buenos tiempos—dijo Luque.

—Y yo me comprometo á dar el quintero de redillas á cualquier monopolio que se presente, y el salto de la garrocha á los Consumos—interrumpió Navarrotreverter, dando una palmadita en el hombro del general.—En hora y media echamos fuera la corrida; ¡digo! á menos que Gullón tenga el santo de espaldas, como tiene otras cosas.

—Sí, sí, yo lío y golletazo. ¡A mí no se me van vivitos al corral, se lo aseguro á usted!—contestó el diestro de Astorga.

Cuando la cuadrilla llegó al Congreso, en los escaños y en la tribuna había un lleno formidable.

A su presentación sonaron escasos aplausos de los admiradores del diestro Pepe López (*el Niño de Crimea*), que, efectivamente, á los pocos momentos se metió entre barreras para no salir en toda la tarde.

El Sr. Laviña, que preside porque el Sr. Canalejas está reconociendo el botiquín por si hubiera hule, saca el pañuelo blanco y da comienzo la función, lidiándose en la primera parte, así como para rejones, varias preguntitas de más ó menos intención, en las que pudieron salir alcanzados y empitonados, por una temeraria competencia, Lerroux (*el Niño de la antisolidaridad*) y Soriano (*Radicalito*).

Después, en lidia formal, se corrieron seis toros de la ganadería Azcárate, vecino de León, y con divisa republicana benévola.

Gullón, que brindó la muerte de sus toros á los moretistas, salvo algún que otro achuchoncillo, salió del paso, y aunque sin lucimiento, estuvo breve.

No hubo palmas ni tabacos, que no está la mayoría para tales extremos; pero con no salir los mansos ni haber hule, ya puede considerarse como un éxito la primera de abono.

El público, que de buena fe creyó que habría más revolcones que en cualquier capea de pueblo, salió defraudado, y los que en la calle esperaban el extraordinario con la cogida y muerte del Gobierno, también sufrieron una decepción.

El primer espada, Pepe López, dijo al público de los tendidos de oposición que él, probablemente, no podría tomar parte hasta la última de abono, en la que se abriría de capa para recoger todos los discursos.

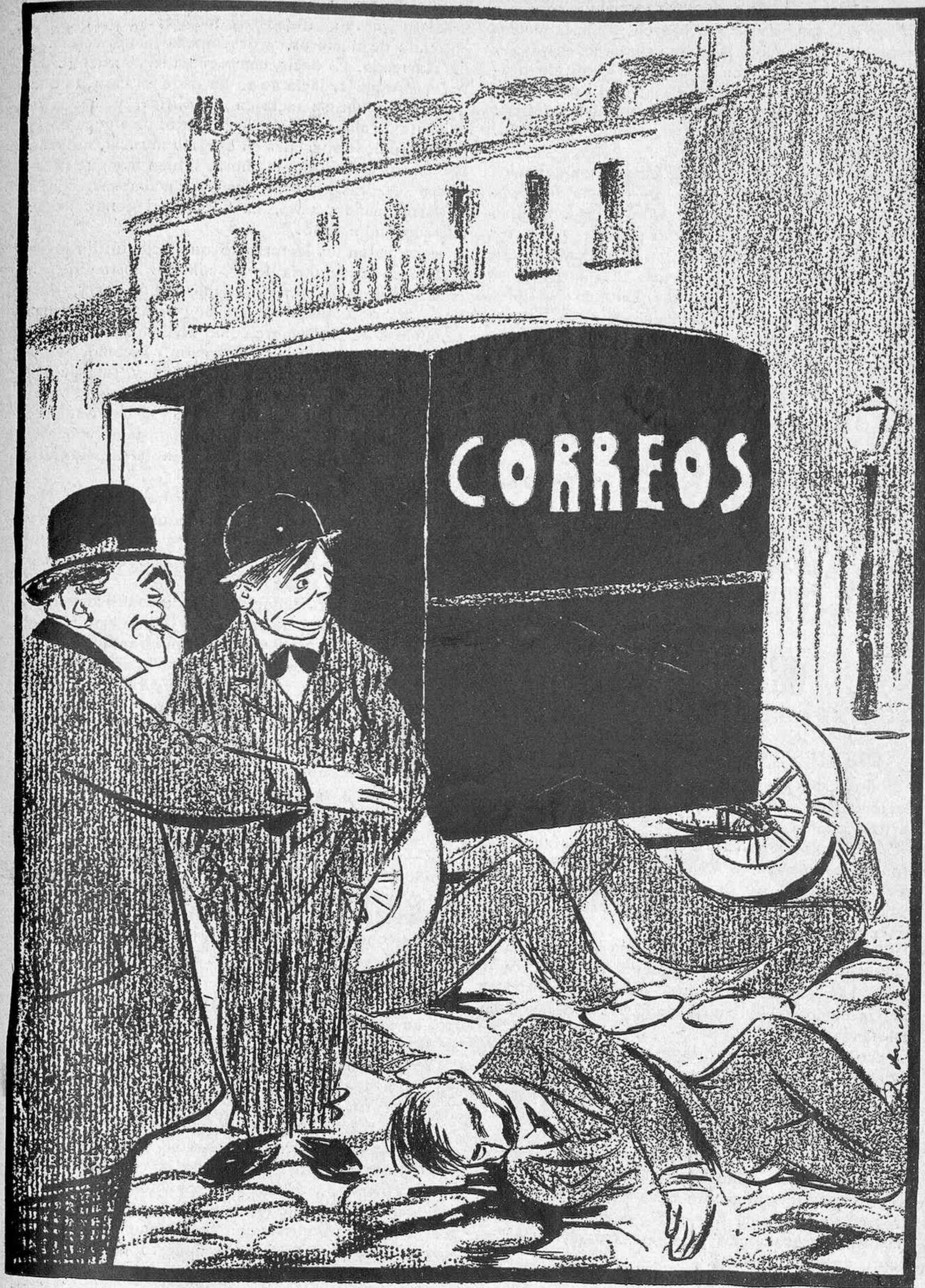
¡Vaya un cartelito!

¡Gullón de primer espada para todas las tardes!

¡Es cosa de pedir que nos devuelvan el dinero!

Porque ya D. Pío, á sus años, no es posible que tenga facultades para torear solo las corridas que se anuncian, algunas de muchas arrobas.

¡Siempre tendrá que coger los avíos D. Segis!



## LOS ULTIMOS ADELANTOS

GEDEÓN.—NO PODRAS NEGAR, CALINEZ, QUE HA MEJORADO NOTABLEMENTE NUESTRO SERVICIO DE COMUNICACIONES... CON EL OTRO MUNDO.

Y eso que también le abuchearon, no hace mucho tiempo, con el clásico: «¡Que se vaya! Que se vaya!»

Pero en los toros y en la política, lo mismo ovacionan un día los públicos, que gritan al otro, y hoy aplauden una faena y mañana tiran las almohadillas.

Que no hay dos cosas que tengan mayor parecido. Se impone un corte de coletas.

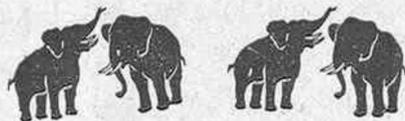
Porque todos estos espadas de cartel son como los maletillas: mucho pintarla en la presidencia del Consejo de ministros, pero á la hora de la verdad, como dicen los técnicos, se alivian lo que pueden, y al meter el brazo, cuarteán el programa y pinchan en el hueso de la democracia; pero nada más. Así que todo se vuelven intentos y más intentos, sin que el público tenga ocasión de aplaudir una buena estocada, entrando bien y arrimando el hombro izquierdo, como dicen los cánones, que nada tienen que ver con los de Montero.

En fin, que la primera de abono no resultó entretenida ni por el ganado ni por los toreros.

Esperemos á la extraordinaria, que se anuncia, de Maura.

Por más que estas corridas que se jalean anticipadamente, suelen salir mansas.

Veremos lo que da de sí la temporada; es decir, si llega á haber temporada, porque es muy posible, según dicen por ahí, que haya que devolver el dinero del abono, porque á lo sumo se darán dos ó tres corridas más, y gracias.



## SOCIEDAD DE CONCIERTOS... ECONÓMICOS. REQUEJO, DIRECTOR DE ORQUESTA.

Todos estos días se verifican en el ministerio de Hacienda los oportunos ensayos para dar un concierto económico.

Es decir, los socialistas de Bilbao aseguran que á ellos no les sale tan económico el concierto; pero si fuese á hacerse caso de cuánto afirman esas gentes descontentadizas con relación á la música, sería cosa de volverse loco.

¡Como que oyen en el Arenal ó en la plaza Nueva de la capital vizcaína á cualquier orfeón que canta gratis el consabido *Guernica*, y silban y protestan todavía como si hubieran pagado los billetes ó las bellotas sagradas!

Pero volvamos á los ensayos. No van éstos todo lo de prisa que quisiera el maestro director.

¿Y á que no saben los lectores quién es el maestro director?

¡Requejo, caramba, Requejo!

Sí, amigos míos; aquel ilustre Requejo, zamorano, que tiene un oído como un cerrojo y lo mismo sirve para ir con Romanones en clase de subsecretario ó director de compañía que para ponerse al frente de una orquesta económica y soltar otro ¡Requejo! en cuanto empuña la batuta.

¿Pero qué entenderá de música Requejo, oigo que me preguntan ustedes, si en su vida se ha dedicado más que al divino arte de desempeñar pingües destinos, en clase de pariente póstumo del desgraciado D. Práxedes?

Claro que no entiende de música; pero tampoco entiende de números, y desempeña la subsecretaría de Hacienda. Es decir, como entender, entiende de todo, porque todavía no se ha dado el caso de que un español que se meta en la política, y más si es pariente de alguien, deje de entender de alguna cosa; pero estudios especiales en el ramo musical, no se le habían sospechado hasta ahora, si bien hay que reconocer sus grandes aptitudes para acompañar con la guitarra cuando canta, en falsete, el conde desde cualquier ministerio.

Pero verán los lectores lo que ocurrió: Su joven Telémaco se lo quería llevar, como de costumbre, en concepto de subsecretario de guitarra á Gracia y Justicia. Pero Requejo no es abogado, cosa rarísima tratándose de un hombre como él, llamado á cobrar los más altos cargos de la nación. Y como, según parece, los subsecretarios de Gracia y Justicia han de ser abogados para reventar á los jueces que no les hagan agradable el ejercicio de la abogacía, Requejo, á pesar de ser de Zamora, pariente póstumo y mentor del joven Telémaco, se quedó sin la subsecretaría de Gracia.

No sabiendo dónde meterle, le metieron en Hacienda, y ahí tienen ustedes un hombre que por no ser abogado, ha tenido que dedicarse á los conciertos económicos, como cualquiera de esos que tocan el clarinete por las calles.

Claro está que Requejo no es un músico vulgar, y aun sin grandes nociones del divino arte, con su instinto genial suple á todo. El comprendió desde el primer momento que los violines y violones de la orquesta vascongada, cuyos ensayos dirige, se hacían los distraídos, pasándose el arco por el vientre en vez de hacerlo por las cuerdas del instrumento, para que llegara el 1.º de Enero próximo y pudiesen seguir tocando el mismo concierto anterior sin la molestia de aprenderse nuevos y más azarantes números.

—¡En el calderón nos veremos!—gritó Requejo, copiando la enérgica frase de otro maestro director;—si para el 1.º de Enero que viene no han concluido estos ensayos, no habrá régimen especial para las provincias que ustedes representan; ¡las meteremos á todas en el común!

Los concertistas palidieron de espanto y se pusieron á rascar furiosamente sus respectivos instrumentos.

¡Aquel día el primer violín de Vizcaya, Sr. Urquijo, no se cambió de traje más que tres veces; tal fué el terror que le entró!

En suma, que el pánico ha cundido entre la cuerda, la madera y, sobre todo, entre el metal; y los ensayos continúan en pleno trémolo.

Tiene razón el maestro Requejo: es preciso meter en cintura á los concertistas vascongados para que suden bien. Porque sin los sudores contributivos de esas provincias y de las demás españolas, aumentados cada año, al par que los monopolios de Navarrorreverter, ¿cómo podrían vivir los innumerables Requejos que pesan sobre el presupuesto de esta pobre nación?

El caso es que los españoles vascongados ó gallegos ó extremeños, se revienten, para que gasten y triunfen los que, como el maestro Requejo, sirven para todo, incluso para directores de orquesta, y al



EL CUENTO DE LOS PORTUGUESES... CATALANISTAS

Rusiñol.—CASTELLA... SI NOS SACAIS DEL POZO OS PERDONAMOS LA VIDA.

mismo tiempo, no sirven para nada, ni para abogados siquiera.

Continúe el concierto. Maestro Requejo, no meta usted la batuta.



## COSAS DE ESTUDIANTES

Un estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad central nos remite para su publicación la siguiente lista de semejanzas entre los catedráticos de su Facultad y algunas obras teatrales del repertorio moderno.

Hace ya bastantes años, ¡oh Póstumo!, que Gedeón dejó de pisar los claustros y de pasar el rato en las aulas universitarias; pero aún se acuerda de algunos de los catedráticos que figuran en la lista de su amable comunicante... ¡y halla perfectamente encontradas las semejanzas del estudiante!

Esta es una garantía para creer que todas estarán bien. Por eso, y por complacer á su anónimo colaborador y proporcionar á los jóvenes alumnos de Derecho un ratito de distracción y, si es posible, risa para todo el curso, Gedeón se apresura á publicar la lista de referencia.

Tal vez alguno de esos hombres serios que nos perturban la vida crea que hacemos mal alentando esta bromita escolar... No tendrán razón. Esto es también un homenaje de los chicos á sus profesores, si no tan definitivo como el que preparan al insigne Ramón y Cajal, igualmente afectuoso.

Allá va, pues, y que ustedes lo gocen y que nosotros lo veamos:

### CATEDRÁTICOS

- Ortega y Rubio, *La desequilibrada*.  
Fajarnés, *El oso muerto*.  
Mudarra, *El mozo crúo*.  
Calvo, *El cabo primero*.  
Vadillo, *La balada de la luz*.  
Olózaga, *El tanto por ciento*.  
La Merced, *La peseta enferma*.  
Barrio y Mier, *Biblioteca popular*.  
Santa María, *El perro chico*.  
Cuevas, *La mentira piadosa*.  
Valdés, *A fuerza de arrastrarse*.  
Piernas, *Reinar después de morir*.  
Sánchez Román, *Gigantes y cabezudos*.  
Clemente de Diego, *El místico*.  
Mellado, *La viejecita*.  
Torres Aguilar, *El terrible Pérez*.  
Montejo, *El padrino del Nene*.  
Retortillo, *El Tenorio modernista*.  
Conde y Luque, *La loca de la casa*.  
Manzano, *El ojito derecho*.  
Ureña, *El iluso Cañizares*.  
Azcarate, *Las bravías*.  
Giner de los Ríos, *Enseñanza libre*.  
Fernández Prida, *M'hacéis de reir...*  
Aramburu, *La Neña*.

### AUXILIARES

- Palacios, *El primer reserva*.  
Goicoechea, *El arte de ser bonita*.  
García Herreros, *El pollo Tejada*.  
Palomo, *La vida es sueño*.  
Martín Veña, *Una cana al aire*.

## ¡Cómo está la sociedad!

Hace ya tiempo que no leemos un periódico sin que á nuestra vista salte un escandalito, más ó menos suculento, del mundo elegante. Bien decía D. Severo: «¡Cómo está la sociedad!» Príncipes más ó menos altivos, *cocottes*, actrices, cocheros, aristócratas, todo danza y se revuelve en una especie de agítase antes de usarlo.

Es la última palabra de lo *chic*.

¡Hay una de almonedas de matrimonios que asusta!  
¡Cada liquidación por fin de temporada conyugal que asombra!

Vivimos en los felices días de la opereta cómica; resucita la regocijada musa de Offenbach.

Ya es un príncipe que, harto de su esposa, la repudia para casarse con una cupletista que supo enloquecerle con el aire picaresco de *La machitche*; ya una princesa que se marcha por la escalera de servicio, del brazo de su cochero, dejando al príncipe consorte á pie y sin dinero, porque las hay que se llevan el *cofre-fort*, para evitarse quebraderos de cabeza; ya un aristócrata de nobles pergaminos, que se guarda en los faldones del frac las cucharillas de plata del hotel donde se aloja, para pignorarlas como un pobre diablo; ya la hija de un Creso americano que presenta ante los Tribunales una denuncia contra su esposo por haber despilfarrado 30 ó 40 millones en poco tiempo en alegres cuchipandas y sobremesas; ya un príncipe heredero que renuncia á la futura corona por vivir á gusto en un sotabanco con una tiplecilla; ya un elevado personaje que se guarda en los bolsillos buenamente unas joyas del dueño de la casa que le hospedó con hidalga cortesía; ya una princesa que se mete á *ecuyère* y va por esos circos alternando su número con el intermedio cómico de un clonw que acaba por ser su administrador; ya un viejo duque que monta una agencia de timos... ¡el disloque!

¡Vaya un Tío Vivo para los que gusten del movimiento!

Eso es lo que se llama europeizarse, y lo demás... ¡ah sombra de Pucheta!

Hasta tal punto llegan estas palpitaciones sociales que con detallada *mise en scene* publican á diario los periódicos, que superan al más interesante folletín, y el público prefiere estas narraciones, descarnaditas, de la realidad, á las más fantásticas pirotecnias de la imaginación.

Javier de Montepin, Ponson du Terrail, Richebourg son niños de pecho, comparados con lo que inventa cualquier príncipe del día, por muy poca circulación que disfrute.

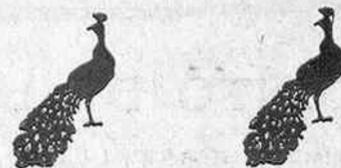
Hoy, el libro de memorias de un personaje de éstos tiene más substancia que el folletín más atractivo y sugestivo.

En otros tiempos, felices é inocentes, la sangre azul era la más preciada ejecutoria de nobleza.

Pero hoy, ¡buena tienen la sangre los príncipes!

Y menos mal, gracias á los depurativos, que hacen mucho.

¡Cómo está la sociedad!



## ... y armas al hombro

El tan temido como esperado debate político, hizo ya su presentación en el Congreso.

Por esta vez, ha sido más el ruido que las nueces.

¡Cómo cambian los tiempos!

Antes no había debate sin emociones...

¡Ahora ni siquiera tenemos fuerza para emocionarnos!



La verdad es que no podía suceder de otra manera...

Dió la señal el terrible republicano Sr. Azcárate, que, como todos saben, es una fiera.

En cuanto el ilustre D. Gumersindo pronuncia un discurso de tremenda oposición... ¡el Gobierno combatido parece recobrar nueva vida!

Este insigne tratadista se parece á esos puntilleros que reaniman á la víctima cuando la dan el golpe de puntilla.



Hagamos, pues, un pequeño resumen en verso para mayor claridad...

Los ministros, del debate  
se dan hoy por muy contentos...

¡Qué triunfo para Azcárate...!  
(Cambiémosle los acentos.)

Yo, en nombre de ellos, le brindo  
la gloria del resultado...

(¡Fuera mejor, Gumersindo,  
que no hubiérais comenzado!)



Seamos justos...

No achaquemos á la mascotería ministerial del orador republicano la disolución de un debate que nos prometía tantas sorpresas...

No; no es suya la culpa...

¡Cualquiera que hubiese sido su principio, éste final sería el mismo que hoy lamentamos!

¡Estaba descontado!—como se decía en tiempos de triste recordación.

O como dicen todavía los reporteros: «Colocados de tal modo los peones en el tablero de la política...»

Ya se sabe que en el ajedrez los peones tienen poco movimiento, aunque sirvan para ayudar á las demás figuras...



Todo ha sido cosa de juego!

Y casi, casi es excesivo el acordarnos en este caso del ajedrez...

Más justo es decir que ha sido un juego de chicos.

Ese que se llama «amagar y no dar».



Don Segismundo, en quien todos confiábamos, porque ya se decía que estaba enfadadísimo, no quiso dar tampoco.

No hizo más que amagar. Y esto, apenas.

¡Fué su discurso el amago de un amago de oposición á la jefatura!

Por eso los aplausos que se le otorgaron estuvieron á la misma altura... Amago de ovación.



En cambio, se la ganó ruidosa, estruendosa, calorosa (...¡anda la osa!) el propio presidente del Consejo de ministros.

Sí; aunque parezca imposible, D. Pepe fué ovacionadísimo...

¿Qué significa esto?

Según los inteligentes, es un buen síntoma.

A nosotros—con su permiso—nos parece lo contrario.

El general habló, no desde la cabeza, sino desde los pies del banco azul...

En él se refugió todo el calor de la mayoría...

¡Ya es sabido lo peligroso que resulta que vaya todo el calor á los pies!



Ya se comprende que esta opinión es personalísima de Gedeón; ¡sin mezcla de mal alguno...!

¡Es una especie de voto particular...!

Lo suscribimos nosotros, en contra del dictamen de los optimistas que aseguran una longevidad envidiable al Gobierno, precisamente por el discurso de don Pepe.

Entre estos optimistas se ha distinguido el señor conde de Romanones.

Ha dicho que ya tienen asegurado el pavo de Navidad...

¡Vamos, hombre...! ¡Límpiese el... eso del pavo!



Aunque nosotros no creamos en la realidad de esa frase, insistimos en declarar lo que hemos transparentado en los anteriores comentarios...

Sí. Declaramos que el general tiene muy buena sombra y que todo se le pone mejor de lo que esperaba él mismo.

¡Dijérase que está blindado ante los ataques del enemigo...!

Ultimamente supo, con el consiguiente regocijo, que no intervendría en el debate el orador carlista Sr. Vázquez de Mella...

¿Qué quiere decir esto...?

¡Esto quiere decir que no hay quien le haga mella!



Y en tanto el globo sin cesar navega...», como dijo el otro...

Es decir, con todo este ruido, apenas si nos acordamos de que existe Novarrorreverter.

Aprovechándose del desconcierto político, se ocupa en arreglar el concierto administrativo...

¡Claro...! ¡Con tantas voces, cualquiera se entera de lo que toca...!

Y eso que—por lo que á él concierne—ya sabemos que esto, como todo, es una sola cosa...

¡Música!



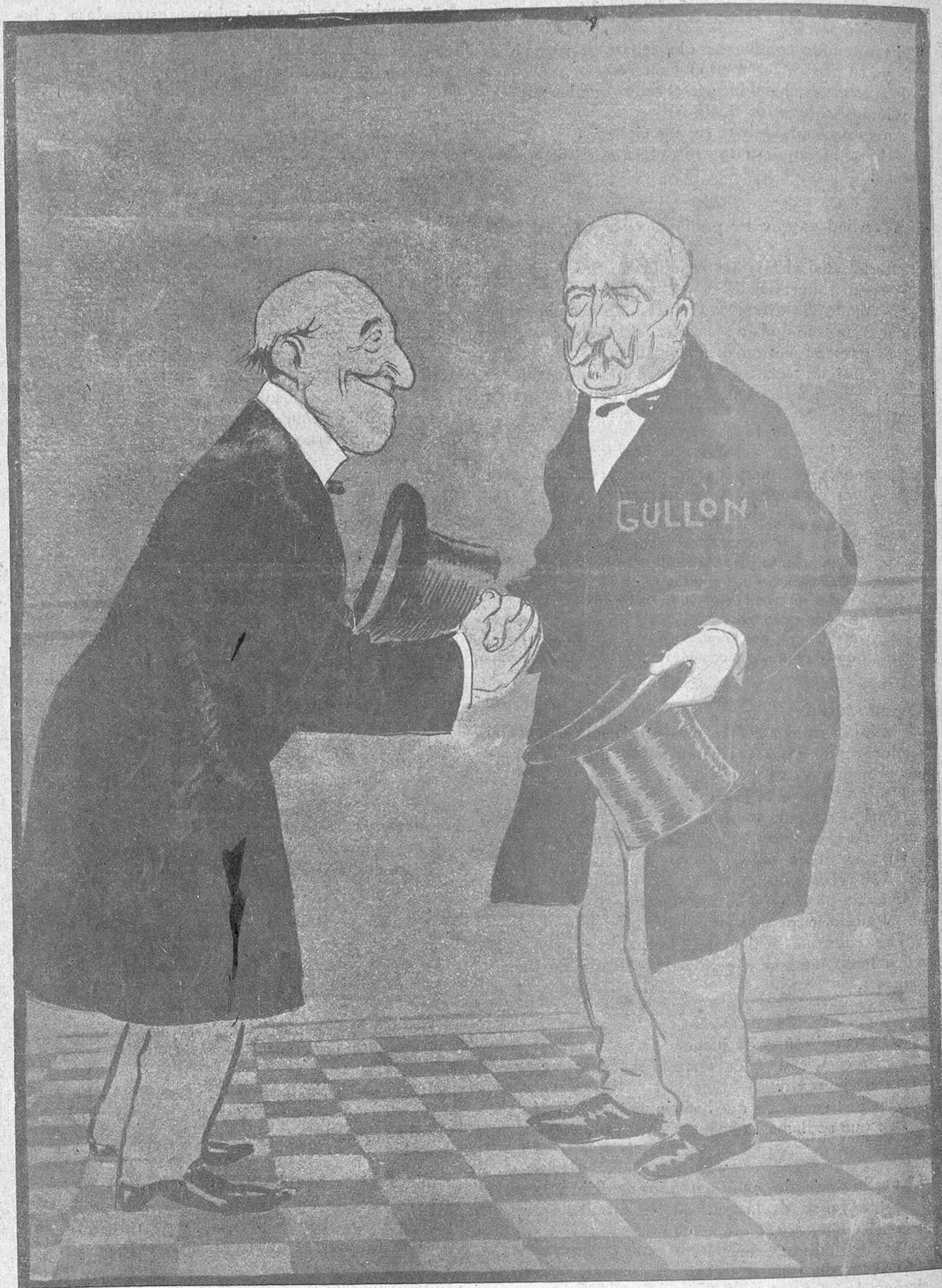
Quiera Dios que la de ahora no nos desgarré también los oídos!

Porque D. Juan se pinta solo para desgarrar, no ya los oídos, sino lo que sea...

Erevemente nos dirá quien pueda lo que hay en el fondo de tantos desgarrones...

¡Porque suponemos que habrá todavía alguien que no esté obligado á bombardearlo constantemente!

¡Qué bombos...! Malos son cuando resultan sinceros, pero ¡con azúcar están peor!



### COSAS DE LA EDAD

GULLÓN.—BRAVO, D. PIO... ¡HA ESTADO USTED MUY INCORRECTO, A PESAR DE SUS MUCHOS AÑOS!